

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

En pro de la unión

Me propuse al reanudar la publicación de *El Motín* no hablar apenas de política republicana, para ver si la razón iba poco á poco imponiéndose al apasionamiento.

Lo ocurrido en las últimas elecciones me ha probado que somos los de siempre, que ni las desdichas de la patria nos traen á la enmienda, ni la voz de la conveniencia de todos acalla los gritos del interés personal.

Esto, unido á la vergüenza que siento al oír á muchos hombres alejados de nosotros lamentarse de nuestras divisiones, porque sin ellas todo hubiera ya cambiado, me obligan á reanudar mi interrumpida campaña en pro de la unión republicana.

¿Tengo para conseguirlo que derribar algo de lo que todavía, y para desgracia de la patria, se mantiene en pie? Pues á ello, y caiga lo que caiga.

Entre el tiempo que duró la suspensión y el que lleva de publicarse nuevamente *El Motín*, son diez los meses que he pasado sin contribuir á la misión de los republicanos, frase que se puso en moda contra mí.

A pesar de esto continuamos divididos, cada día más; los odios entre los los que, por cobardía, indiferencia ó idolatría del pueblo siguen monopolizando jefaturas, menos reales que ridículas y microscópicas, se han recrudecido en vez de acabar; no vamos ni podemos ir á ninguna parte; los monárquicos nos desprecian; la reacción se nos impone...

Habría un republicano de buena voluntad que dude de lo necesario y urgente que es derribar lo que nos estorba aún? De seguro que no. Y por eso voy á intentarlo yo desde el próximo número, á conciencia de que prestaré un gran servicio á la idea republicana arrancando hasta los cimientos del ruinoso edificio donde se alberga tanta deficiencia, tanta farsa ó tanta incapacidad. Derribándolo y desembarazando luego de escombros el solar, se facilitará grandemente la labor de los que quieran levantar después sobre él otro nuevo edificio.

Y dicho esto, hasta el número próximo.

EL MOTÍN

Verdad contradicha

Al ser desterrado Víctor Hugo de Amberes en 1852, pronunció un discurso, al que pertenecen estos párrafos:

«Amarse en la aflicción constituye la felicidad en el infortunio.

¿Y cómo podríamos no amarnos? Nos aflige la misma desgracia y nos anima la misma esperanza. Tenemos sobre nuestras cabezas el mismo cielo y el mismo destierro. Por lo mismo que vosotros lloráis, lloro yo; el vacío que sentís vosotros, lo siento yo también; lo que vosotros esperáis es lo mismo que yo espero. Siendo iguales en la suerte, ¿por qué no habríamos de ser hermanos por el espíritu?

¡Amémonos! Sufrir juntos es amarse. La adversidad, hiriendo nuestros corazones con la misma espada, los ha atravesado del mismo amor.

Nuestro objetivo es un solo pueblo; nuestro punto de partida debe ser una sola alma. Bosquejemos la unidad por la unión.»

Todo eso es muy hermoso, pero los republicanos españoles nos hemos encargado de demostrar que no es cierto.

Mientras más sufrimos juntos, más nos odiamos, y menos dispuestos estamos á unirnos.

Y hay que unirnos, á pesar de todo. ¿Cómo? Si no puede ser de otra manera, á palos.

Dados por los de abajo, á los de arriba.

IRA Y PENAL

Al ver que España se hundía, y que solamente viniendo á tiempo la Repú-

ca podía salvarse, llamé á todas las puertas de los jefes republicanos, y no respondiéndome en ninguna, me acerqué á la de Castelar.

Tampoco contestó en la forma y con la premura que las circunstancias exigían. La colección de *El Motín* respondió de que no insistí, al convencerme de que ponía su personalidad sobre los intereses de la patria.

Hoy, al ver esa gloriosa personalidad tan por los suelos, aceptando un acta de Silvela y Polavieja; y que quien fué voz de la democracia mendiga una representación en Cortes como cualquier insignificante cuervo; y que el gran tribuno pone empeño en igualarse al político más chico, siento honda pena, como español, como democrata, como hombre...

¿Es posible que nadie haya de tener una pulgada de estatura sobre el nivel común, que la emulación de la pequeñez alcance hasta á los hombres que han pasado por soberbios?

Ahora que Castelar parecía dispuesto á borrar sus faltas como democrata y sus crímenes como republicano, contribuyendo á la venida de la República, se olvidó de sí propio hasta el punto de aceptar el acta de Murcia, debida á la magnanimidad del gobierno más reaccionario que ha tenido España.

Ni siquiera puede disculparse como lo de que va á decir en las Cortes algo importante y decisivo; no; él sabe bien que le basta publicar un artículo, en la prensa extranjera ó la española, para que produzca el efecto que se proponga y ruede por todo el mundo.

Todo esto, repito, da pena, y además ira. Ira de ver que hasta los hombres que por su talento debían estar por cima de las miserias políticas, se revuelquen en ellas con mengua de su fama, que en último caso no es suya nacieron, sino de la tierra en que nacieron.

En cierta ocasión pidió Castelar que su patria le perdonara y la historia lo olvidase. Yo, sabiendo que esto último no es posible, me contentaría con que en ninguna de sus páginas aparecieran estos renglones:

«Mendigó un acta de la reacción, y la aceptó sabiendo que se la dio el amaño. No pudo llegar á menos el hombre que más había sido y representado en España.»

José NAKENS

El contraste

Hay unos hombres hacia los cuales siento tanta simpatía como respeto, y son los que, con menos de 25 años cuando cayó la revolución, muestran hoy en sus cabezas las huellas del tiempo, mientras su corazón guarda todos los entusiasmos y convicciones de aquel otro en que nacieron, y á la vez murieron, para la vida pública; hombres inteligentes y honrados que han asistido á la feria de conciencias y á la subasta de convicciones del último cuarto de siglo, ora indignándose, ora apartando con asco la mirada, sin sentir apetitos indignos, y sacrificándose, y lo que es más aún, sacrificando á los suyos, por no traicionar sus ideales; hombres que, al caer rendidos, en lugar de maldecir su consecuencia, únicamente sienten no vivir más años para ser consecuentes algunos más...

Cada uno de esos deja al morir un hueco que no se llena, pues ningún joven acude á ocuparlo, y con ellos se van los últimos resplandores de esa luz que tanto brilló siempre en nuestros partidos extremos, la de la consecuencia, dejando á la vez sin significación práctica palabras tan hermosas como las de abnegación, desinterés, patriotismo...

Unos que lo entienden

Algunos obispos de Austria andan locos, publicando cada pastoral que arde en un candil, sólo porque los alemanes católicos, lanzando el simpático grito ¡abandonemos á Roma! se van á millares al protestantismo, á la vez que parte del alto clero se inclina á constituir una iglesia nacional.

En todas partes donde quieren verdaderamente regenerarse reniegan del catolicismo, menos en esta cochina España, donde hasta los que pasan por más avanzados en política se curan en salud al hablar de él. A lo más que algunos se atreven es á decir, como Muro á sus electores de Valladolid,

que los republicanos somos enemigos del clericalismo, pero no de la religión.

Es una inocentada. El que ataca al clero por sus abusos, pasará por antirreligioso para los clerigos y para la gente beata, aun cuando no lo fuese. Por esto nada se consigue con esas protestas, verdaderas hojas de parra con que trata de cubrir sus pudores la incredulidad.

Con la Iglesia, ó se está en todo, ó no se está en nada; no admite términos medios. Y como la Iglesia es la congregación de fieles regida por Cristo y el Papa su vicario, no puede ningún católico censurar nada de lo que el Papa consiente, sin quedar fuera de la Iglesia.

Acaso esto que digo sea una barbaridad, teológicamente hablando, pero con seguridad no lo es hablando el lenguaje del sentido común. Advierto que me tendría completamente sin cuidado que lo fuera ¿eh?

A un derrotado

Amigo Blasco: Ante todo, conste que yo no voté su candidatura. Aquel pisto de democracia católica y socialismo monárquico, se me indigestó desde luego. Soy enemigo constante de las medias tintas, en política, como en religión, como en todo. Querer ó no querer. Ir ó no ir. Esto es lo único que está á mi alcance. Si es deficiencia moral ó intelectual, la tengo.

Y dicho esto, vamos á lo otro.

Leí poco antes de ajustar el número anterior el artículo que dedicó usted á su derrota electoral, y por esto le puse únicamente el comentario que ha visto. Voy en este á decirle algo más, comenzando por preguntarle:

¿Pero en que mundo ha vivido usted, que no se ha percatado hasta ahora de lo que son las elecciones en España?

Cuando vi que anunció usted que pleiteaba por pobre, esto es, que no daría ni de almorzar á los interventores, ni haría otros gastillos de rúbrica (cuatro ó cinco mil pesetas, sin comprar un solo voto) me eché á reír. Y le diré más: creí que todo ello era una broma de buen gusto. Porque ¿quién puede en serio confiar en salir diputado por Madrid á palo seco? Más probabilidades tendría de salir á navajazo limpio.

No creo que le hayan escamoteado á usted ningún voto. ¿Para qué, si usted se había encargado de esa misión al anunciarse como candidato pelele, sin almuerzo y puros ulteriores? En ningún caso habría salido diputado; por cada cien votos obtenidos por usted, hubieran añadido quinientos á los candidatos encasillados. Por este sistema no hay medio de triunfar; pero muchísimo menos, si se declara uno insolvente de antemano.

No digo presentarme en esas condiciones; aun cuando hubieran venido á ofrecerme la diputación por libre (y ya sabe usted lo mucho que lo del palio me hubiera conmovido) habría dado cariñosamente las gracias á los que me vinieran con el cuento.

Aparte que no debe irse á las elecciones ni el entusiasmo viril que pocos sienten de verdad en estos tiempos, y que yo no sentía, me apresuré á desautorizar con desusada premura á los amigos que acariciaron la idea de presentarme candidato, por creer firmemente que sin dinero no se obtienen actas por Madrid, ni por otros puntos de España.

Y declaro que no reanuncé por falsa modestia. Pienso en esto como pensaba el célebre Juan Bart. Veinte años llevaba combatiendo con barcos de la marina real de Francia, cuando Luis XIV le dijo:—Juan Bart, te he nombrado almirante de mi escuadra.—A lo que él, con la sinceridad propia de quien tiene clara conciencia de su valer, contestó:—Hábéis hecho muy bien, sire.

No, no fué por modestia. Fué porque sabía desde años há, que el sufragio universal en España es fruta vedada á los pobres, exceptuando en contados distritos; tal lo han puesto los que, por haber robado mucho durante la restauración, han estado en condiciones de corromperlo para falsearlo.

Y el que crea que no es así, fíjese en lo que le acaba de ocurrir al jefe del socialismo en Bilbao. Que tiene allí bastantes partidarios, y resueltos, y convencidos, no puede negarse. Pues bien; ha sacado 2.299 votos. Y una de dos: ó no tiene más que esos, lo cual es inadmisibile, ó algunos obreros han faltado á su deber. Y en este caso ¡qué desgracia! Un partido nuevo, que no ha logrado aún representación en el Congreso, y maledado ya! Sería terrible convencerse de que era cierto.

Lo peor de todo, es que nadie duda

de que es verdad esto que digo, mas todos obran como si lo ignorasen.

Recuerdo que en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid, allá por Mayo de 1896, dijo Azcárate, con gran aplauso de cuantos lo oyeron:

«Aquí se hacen elecciones, para vergüenza de todos, de tal suerte, que no se sabe hoy si la política es noble profesión de caballeros ó vil oficio de tahures y rufianes.»

Y no obstante, Azcárate se ha presentado y ha salido diputado en cuantas elecciones ha habido desde entonces. Lo cual nos lleva á esta conclusión tristísima.

Todos sabemos que las cartas están matadas en este juego de las elecciones, y tomamos parte en él como si lo ignorásemos: lo mismo el gobierno, que los candidatos, que los electores, que los monárquicos, que los republicanos. Y así el mal se perpetúa, la comedia sigue, y el país acaba de degradarse.

¿De dónde vendrá el remedio? Como no sea de un cataclismo que estalle sin saber cómo, y que tampoco nadie adivine cómo puede acabar, confieso lealmente que no veo ni hombres, ni partidos capaces de realizar la obra redentora bajo un plan preconcebido. Estamos como cuando dicen que Jehová hizo el mundo: en el caos. Lo que no parece por ninguna parte es el Jehová.

He recibido varias cartas felicitándome por el artículo de Juan Lanas, del número anterior.

¿Qué prueba esto? Que estamos todos en el secreto, y que á despecho de las mentiras que ólga de mantener el interés individual ó el de partido, á todos nos complace oír de vez en cuando el lenguaje de la verdad.

Y la verdad en cada caso es, que estamos hace muchos años sosteniendo á sabiendas la farsa de que existe en España un pueblo liberal y viril, cerrando los ojos á la evidencia, que nos demuestra á cada instante lo contrario.

Gracias á los que me han felicitado.

El buen sentido

Preguntó un católico de Cambados á varios marineros de Marín por qué se habían hecho protestantes, y le respondió el de más edad:

—¡Ah señor! ¡El Dios de los españoles es el mismo que el de los ingleses, pero nos hemos hecho protestantes porque esta religión es para nosotros más barata y nuestros hijos aprenden muchas cosas en las escuelas los pastores que nos cuesta un real.

El católico, al comentar esto en un largo y soporífero artículo, pone el rebuzno en el cielo en nombre de la fe, habla de nuestras gloriosas tradiciones, de la inmensa dicha y de la gaudiosa supremacía que es ser católico, de la vida eterna y de otra porción de cosas del repertorio católico más vulgar.

¡Perros de ingleses! ¿Quién les mete á socorrer al necesitado? ¿Por qué vienen á repartir dinero y á difundir ilustración en una patria que no es la suya? ¿Acaso no estamos bien atendidos por nuestros gobiernos, nuestros capitalistas y nuestros frailes? ¿Carecemos de algo por ventura? Por sobrarlos, hasta la fe nos sobra.

En lo que no ha estado muy listo ese católico, ha sido en reproducir las palabras del viejo marinero, pues ellas son tan convincentes por lo sencillas, que echan por tierra todos los comentarios que él hace después. «El Dios es el mismo; los ingleses no les piden nada por adorarle, antes bien les dan; educan á sus hijos gratis»... ¿Cómo no han de dejar una religión por otra?

Cada vez que toma la palabra el buen sentido, tienen por fuerza que enmudecer todas las mentiras y los convencionalismos todos.

Voto indiscutible

Me escribieron desde Roquetas mi querido amigo Rodríguez Abarrátegui, antes de las elecciones:

«Estoy desesperado al ver tanta asquerosidad en los preliminares de las elecciones en este país.

Serán diputados los señores que parece han tomado ese cargo como profesión para enriquecerse con chanchullos administrativos, apoyados por los caciques ladrones y por un pueblo estúpido, canallesco é indecente que no se acuerda de la muerte de sus hijos en Cuba y Filipinas, ni ve, ó no quiere ver la explotación de que es objeto.

España es un pueblo podrido, digno del látigo y del derecho de pernada, de los frailes y de la Inquisición; y los que como usted, yo y otros luchamos por la justicia y el progreso, exponiendo nuestra libertad

y aun nuestras vidas, somos unos Quijotes que merecemos que nos muelan como á cibera por mentecatos. Pero ¡diablo, si no podemos remediarlo!

Bien dicho y en pocas palabras. Y adviértase que quien tal afirma, no es un burgués explotador ni un buscavidas despechado, si no un jornalero, más ilustrado que muchos señoritos de carrera, eso sí, pero que forma parte del pueblo que tan perfectamente retrata; hombre que ha estado constantemente en la brecha defendiendo los ideales de progreso, sujeto siempre á un misero jornal, y robándole al descanso el tiempo que ha empleado en escribir.

Ha sido y es todavía achaque común á los demócratas adular al pueblo, suponiéndole dotado de todas las virtudes habidas y por haber, sin perjuicio de lamentarse de la ignorancia y la miseria en que vive, contradicción palmaria, por no ser posible que la miseria y la ignorancia puedan enjendrar virtudes. Y diré más: si las enjendraran, seríamos unos criminales cuantos procurásemos redimir al pueblo de la ignorancia y de la miseria, dándole en cambio la instrucción y el bienestar que, ó no hay lógica, ó deberían forzosamente apartarle de esas virtudes.

Aun cuando yo no he pecado mucho en eso, algo tengo de qué arrepentirme también, pues no es posible en política librarse en absoluto de rendir culto á tradiciones y dejarse influir por prejuicios; y una de las tradiciones más arraigadas en la democracia es la de considerar constantemente al pueblo, por el solo hecho de serlo, honrado, impecable, justo, siendo así que, como todos los organismos y cosas, el pueblo pierde sus cualidades características en épocas de decadencia.

Llegó la hora de que se le diga la verdad, y celebre que hayan comenzado los que están en contacto íntimo con las clases menos favorecidas. Si lo hubiéramos hecho los que, perteneciendo al pueblo, parecemos estar un poco más alejados de él por la profesión que ejercemos, tal vez alguien hubiese protestado; pero siendo ellos mismos los que reconocen los defectos de la clase ¿quién se atreverá á negarle autoridad á lo que digan?

Felicito al amigo Abarrátegui, como á los socialistas de Yecla cuyo manifiesto copié en el número anterior, como á Tomen, del Puerto de Santa María, por haber tenido el honrado valor de decirle la verdad á los suyos, rompiendo convencionalismos perjudiciales, y buscando por el camino de la verdad una regeneración que jamás llegaría por el de la mentira.

Valencia se ha portado como había derecho á esperar de ella, votando en las últimas elecciones dos candidatos que representan el radicalismo en la cuestión religiosa.

Gloria á Valencia por haber puesto en manos de los señores Blasco Ibáñez y Morayta un arma que seguramente esgrimirán con brío y sin descanso contra la reacción clerical.

Crónica rural

Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Como amigo mío, que lo es usted, puede usted romper esta carta si no le conviene publicarla, pero invocando su caballerosidad de usted y las costumbres del periodismo (únicas y hermosas leyes á que me amparo) suplico á usted publique esta defensa del pobre pueblo á quien usted llama (número último de *El Motín*) Juan Lanas y *El de siempre*, y pone como digan dueñas, mientras el gobierno le pone además las peras á cuarto.

Claro es que yo no represento al pueblo, porque esto no es posible, según lo diré después: pero soy pueblo, un vellón de las lanas del Juan; ni la corona, ni el gobierno, ni la provincia, ni el municipio se han acordado nunca de mí para premiar, alentar ó amparar mis esfuerzos por de la cultura; y yo conozco al municipio porque soporto el impuesto de consumos, á la provincia porque soporto sus carreteras y sus hospitales, al gobierno porque soporto las quintas y las contribuciones, y al rey cuando tengo alguna moneda de plata. (La monarquía no ha tenido ningún ministro de Hacienda que haya puesto la imagen del rey niño en las monedas de los pobres; quizá algún hambriento la hubiera besado al recibir una limosna. Los pobres no comprenden estas esquisitices). Soy pueblo, y á mucha honra, porque ni soy gravoso ni soy importuno; necesito poco alimento, y sé ganarlo; necesito poco abrigo, y sé tejerlo; lo único que pido es que se me respete, y esto no se hace. Lo demostraré con hechos recientes.

Primer caso: Se trata de una pobre que no tiene ahorros, desea un billete de cari-

dad, dirige una instancia al director de una Compañía de ferrocarriles, voy yo con la instancia a un alto empleado de la Compañía, y me dice: *es imposible; perdemos con los cambios catorce millones de pesetas anualmente y hemos suprimido los billetes de caridad.* Es decir, que los pobres se encargan de pagar los errores del Estado, y los errores de unos malos industriales que no saben ni quieren explotar los negocios que se le ocurren a cualquier viajero.

Segundo caso: Mi cuñado ha ahorrado quince duros, y ha comprado una casucha en cuatrocientas pesetas que pagará a plazos, y enseguida el municipio le ha quitado la beneficencia, ó sea el médico, la botica, el jornal de invierno, y la escuela gratuita para los muchachos.

Y ahora los políticos se quejan de que el pueblo haya votado ó no haya votado tal candidatura. Dejemos aparte que el cacique ha dado nuestros votos (*arrimar el censo*) á quien le ha convenido; y yo pregunto: ¿por qué, y para qué, y á quién hemos de votar? ¿Por qué hemos de votar? No conozco el motivo. Nosotros no hemos hecho el sufragio, ni lo hemos solicitado, ni nos conviene, ni nos molesta. Eso es asunto de ricos que son los que hacen las leyes; nosotros sólo queremos que se nos respete, por una ley moral que está en todas las conciencias, aunque no esté en todos los congresos.

¿Para qué hemos de votar? Si votamos á los rojos y no votamos á los azules, ganaremos el odio de los azules y el olvido de los rojos. Allí ellos.

¿A quién hemos de votar? A nadie, porque nadie puede representarnos. ¿Quién osó coronar en su cabeza la frente augusta de las muchedumbres? Si usted que es hombre del pueblo y que ama al pueblo, quisiera representarnos, tendría usted todos nuestros votos aunque nos costasen el hambre, la prisión y la muerte, pero no lograría usted representar al pueblo, porque una estrella no da idea de la inmensidad del cosmos, un alto pino no imita la grandeza de los bosques, y una lágrima cayendo en los labios no es tan amarga ni tan aterradora como las encrespadas olas de los mares.

La condición característica del pueblo es su grandeza. Por eso los soberbios (reyes, poetas, generales y legisladores) se llaman representantes del pueblo, y le odian porque le envidian; porque ellos son parte de agrupaciones y de símbolos muy pequeños, y ser pueblo es ser lo más grande y lo más hermoso de la humanidad en todos los momentos de la historia. Hay más, á Cristo le hicieron Dios para disculpar su *genialidad* de haber nacido en un pesebre; y Dios fué, porque no tuvo ninguna de las pequeñeces humanas que se llaman soberbias.

Ahora, como siempre, mi querido amigo, el pueblo no ha votado; si algún pobre ha vendido su voto, ha cometido un delito de estafa vendiendo lo que no era suyo; y si algún cacique ha dispuesto de nuestros votos ha hecho bien, porque él nos los dió sin que se los pidiésemos ni los necesitásemos.

Finalmente, el pobre pueblo es ageno á todas las majaderías políticas y á todas las perversidades humanas; ni dispara bombas, ni hace contratos con unos burgueses para imponerse á otros; trabaja, calla, y sufre el desprecio de los ricos.

Aún no es posible el gobierno por el pueblo, porque las sociedades son muy chiquitinas y tienen miedo á todo lo grande; á las tormentas del firmamento, á las fieras de los bosques y á las olas del océano. Si hoy los pobres amásemos la justicia humana y fuésemos á acariciarla, la inmensa mano del pueblo desaharía entre sus dedos á la diminuta Themis.

Pido á usted perdón de todo corazón, y con decidido propósito de la enmienda, por esta larga carta. Súfrala usted resignado, porque solamente usted merece estas declaraciones como merece todos nuestros cariños.

El pan ha subido: está más caro y más alto, pero está hueco.

Alíds. Su servidor que lo es

EL SEÑOR FRASQUITO

Valcaulquier, Abril, 22 99.

Se han recogido en Sardaña (Barcelona) unas armas que tenían escondidas los carlistas.

Pero ¿es que ya no se guardan en los conventos?

No sean tontos y métenlas en sagrado, que allí están seguras, pues este gobierno se guardará muy bien de ir á buscarlas en tales edificios.

Los periodistas diputados

Ignoro el número que hay en el actual Congreso; sólo sé que es grande. En el anterior hubo 52.

¿Qué hicieron? Nada, ó muy poco. Y, sin embargo, yo creo que los periodistas son los llamados á variar la faz del Parlamento.

¿De qué modo? Llevando diariamente á él los asuntos de importancia de que en sus respectivos diarios se ocupan.

Pero nada de esto ocurre. Directores de periódicos importantes que patrocinan con calor una idea útil ó combaten con energía una medida desastrosa, se sientan en el Congreso, y no hacen como diputados ni una pregunta acerca de lo que como periodistas parece preocuparlos.

Si es porque los ministeriales deben

sus actas al gobierno y los de oposición lo mismo, piensen en que el agradecimiento tiene sus límites y que lo de las dos naturalezas está mandado recoger desde que se ha puesto al alcance de todas las fortunas.

Y piensen además que sólo de esa manera, diéndonos la verdad siempre, y poniendo los que la dicen sus obras en armonía con sus palabras, alcanzará la prensa el respeto y la consideración que merece, y que hoy no tiene por culpa de los que más interesados debieran estar en que no le faltase.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Cuadro de género

He aquí cómo describe un periódico monárquico, *El Resumen*, lo ocurrido en las últimas elecciones:

Sucedió lo que siempre había ocurrido. Jueces que infringen las leyes, arrojando á la justicia para complacer al ministro que puede separarlos del puesto que ocupan; la Guardia civil protegiendo los delatadores de los gobernantes; las autoridades atentas á las órdenes recibidas para que el triunfo fuese del candidato designado de antemano; los jefes de partidos y de agrupaciones entrando en tratos y componendas con los gobernantes, apoyándolos aquí, recibiendo de ellos apoyo en otra parte. Candidatos que compran votos y electores que los venden; empleados de todas clases y categorías llevados á votar, en rebajas, como los corderos; gentes que por dos pesetas ó una jirra de vino, un pedazo de pan y medio chorizo, van á votar con nombre supuesto, sin conciencia del acto que realizan, pues de tenerla no se expondrían á ir á presidio por recompensa tan menguada; ciudadanos fijos de cultura que para hacer valer sus derechos andan á estacaos, á tiros, á pedradas, produciendo escenas propias de Siff, ó de Rabat, con sus resultados inevitables de contusos, y heridos y muertos. Presidentes de mesa que se alzan con la urna y salen de estampía; interventores que no hallan un notario que consigne sus protestas; funcionarios del orden judicial que prenden una mesa.

Mucho dinero repartido, en fin, muchas conciencias repugnantes puestas al descubierto, las que compran y las que se venden; todas las pasiones desahenadas, todos los instintos desatados, todas las concupiscencias expuestas á la luz meridiana, en los pueblos de escaso vecindario y en las grandes ciudades... ¿Y de un conjunto tan monstruoso habrá quien crea que puede salir algo benéfico para la salud de la patria?

Después de leer esto, escrito por quien no puede ser tachado de enemigo del régimen actual, quisiera que alguien me respondiese á esta pregunta:

«¿Estamos en un país civilizado?»

Los que digan ¡no!, harán coro á lo que yo pienso.

Un señor austriaco hace trabajar un ejército de pulgas de una manera admirable. Los que las han visto hacen grandes elogios del domador.

Difícilísimo es realmente hacer trabajar á unas pulgas; reconozco el mérito. Mas para que yo me entusiasme, y crea á ese austriaco un hombre, sobrenatural, divino, sería necesario que realizase algo más grande: hacer trabajar una piara de frailes.

Solo entonces lo tendré por el primer domador y por el hombre de más talento del Universo.

SECCIÓN AMENA

ACLARACIONES

Si, señor; la prensa periódica, como decimos, es perjudicial. En su afán de publicar noticias, no respeta sexo ni edad.

Los blasfemos y los vecinos pacíficos vivimos á merced de los diarios políticos y noticieros. Ya no se respeta el sagrado del hogar, ni la «vívida» privada.

Y lo peor no es que cuenten al público ciertas debilidades del hombre y de la mujer en su domicilio, del niño, del anciano; lo malo es la calumnia.

¿De qué sirve al ciudadano honrado una vida de laboriosidad y de virtudes acrisoladas? ¿De qué los méritos y servicios, y el amor á la patria común y la paternidad? ¿De qué, si viene un noticiero, sencillito tal vez, incapaz tal vez, de injuriar á un hombre honrado, á un ciudadano laborioso ó no, y por una interpretación torcida, ó por una ligereza, nos llena de cieno y ensucia nuestra historia política y moral?

¿De qué aparece un suelto en los periódicos, en el que se cuenta al país:

«El famoso bandido y casi facineroso Roque Peloncillo y Visagra, que vagaba por los montes de Toledo sembrando el terror en aquella comarca, ha sido capturado por la guardia civil, en el acto de desollar al comisionado de apremios.»

Es claro; inmediatamente que sale á luz la noticia, todos los Peloncillos y todos los Visagras se creen aludidos. Pero un honrado, al par que activo curial, intitulado Roque Peloncillo y Visagra, con mayor motivo. Y remite una carta á cada periódico, diciendo en ella:

«Suplico á usted, señor director, que se sirva disponer que se inserte en el periódico

que tan morrocotudamente dirige, el adyacente suelto, por lo que le vivirá eternamente reconocido.—Su seguro servidor que besa su mano, Roque Peloncillo y Visagra.

«El famoso bandido Roque Peloncillo y Visagra, capturado por la Guardia civil en Toledo, no es el curial del mismo nombre é idénticos apellidos, sino otro, con quien nada tiene que ver el dicho curial, que reside en Madrid, «según parece.»

Otra vez se lee una noticia de esas de diario:

«Los conocidos timadores Pedro Bigote (a) Cabrito, y Casimiro Bonete (a) La Fragosa, y Purificación Mínguez de Quiñones (este segundo apellido tomado de la calle donde está la academia de señoritas detenidas), cayeron ayer en poder de la autoridad del ramo.»

Al día siguiente se lee en los periódicos mismos que publicaron la noticia:

«El bizarro capellán de las Purpuras de Madrid, nos ruega que hagamos constar que, el Casimiro Bonete no pertenece á la clase, y le complacemos gustosos.»

Y así sucesivamente:

«El celoso funcionario don Pancho Canelo nos dice que no es su señora la Purificación Mínguez, detenida anteayer en la calle del Gato, y de lo cual dimos cuenta en nuestro número de ayer.

No hay para qué decir si lo celebramos.»

«Se ha acercado á nuestra redacción el aplaudido exministro don Fulano de Tal, para suplicarnos que hagamos constar que el Fulano detenido por hurtar á un forastero 2.000 pesetas por el procedimiento del francés, no ha sido él.

Complacemos gustosos á nuestro particular amigo, de cuya inteligencia, de cuyo patriotismo y de cuya galanura en el decir nunca hemos dudado, como adversarios leales y agradecidos.»

«El elocuente ganadero D. N. N., no fué el que se escapó ayer, según nos escribe, si no un toro de su ganadería, que usa el mote de *Lucero* y es también castaño y de muchos kilos.»

Gracias á esas oportunas rectificaciones, cada uno queda como quien es; que, de lo contrario, ¡adiós honra individual conmutativa!

EDUARDO DE PALACIO

Cada vez que oigo á los protestantes quejarse de las dificultades que encuentran en España para hacer su propaganda, me dan ganas de gritarles: «¡Imbéciles! Si no sois los más fuertes ¿cómo pretendéis imponeros?»

Lanzar al asalto nuevo ó al martirio á los que no disponen de la fuerza, achaque común es de todas las religiones.

¡Bien por Barcelona!

Brava y dignamente se está portando esa ciudad en los constantes mítins anticlericales que celebra. Ella y Valencia impedirán que se pierda del todo la esperanza de salvarnos.

Parte de la prensa, republicanos, librepensadores, obreros, mujeres, niños, todos se unen para protestar energicamente contra el atropello cometido por los clericales en la persona de Agustina Soler, que fué encarcelada por oponerse á que á su madre moribunda se le aplicaran por fuerza los sacramentos.

Los discursos pronunciados en esos mítins son enérgicos y valientes, y el público los aplaude con el entusiasmo que prestan las convicciones profundas; las ovaciones á la víctima de los clericales son tantas como grandes; se acuerda entre aclamaciones ejercitar la acción popular en las causas que se le siguen y constituir una *Liga nacional de defensa contra los actos de intolerancia religiosa*. También se decide dirigirse al presidente del Consejo de ministros reclamando se garantice el precepto constitucional de tolerancia religiosa y libertad de conciencia.

El Diluvio abre una suscripción popular para Agustina Soler y á las pocas horas reúne centenares de duros...

Cuando se ven estos ejemplos de entereza y amor á la libertad, y se les compara con la hipocresía reinante en casi toda España, aun entre los mismos republicanos, se redobra la admiración por una ciudad que alberga tantos decididos campeones de la verdad y la justicia, dispuestos á no dejarse imponer por estos gobiernos reaccionarios, y como dije al comenzar, se aviva la esperanza en el pecho de los que anhelan ver lucir mejores días en esta desventurada nación.

Los pocos que contra la reacción luchamos en Madrid, teniendo al lado una prensa de gran circulación calculadora ó beata, enfrente una legión de hipócritas, y por todo apoyo un pueblo indiferente, podemos apreciar mejor que nadie lo que vale y representa esa gran suma de opinión anticlerical que hay en Barcelona.

Un abrazo de El Motin á cuantos allí luchan por la justicia y el derecho.

Un puñado de verdades

Pues señor, no hay quien acierte á darle gusto á ciertos correligionarios.

Se anuncia la última reforma de El Motin, y aun cuando no alcanza la acogida que merece, por muchos conceptos, (y basta que yo lo diga) no se portan muy mal los correligionarios. Y digo que no se portan mal, no por creer que hacen lo que debieran, sino porque sé cómo las gastan en esto de la prensa.

En tres fracciones (fuera de las fraccioncitas) se divide hoy el partido republicano: la de los federales, la de los progresistas y la de los de la fusión. Pues bien; la primera tiene un periódico semanal en Madrid, *El Nuevo Régimen*, con muy pocos lectores, á pesar de escribirlo un hombre de la historia y el talento y la cultura de Pi y Margall; la segunda ni aun eso tiene, pues aunque *Progreso* puede pasar por progresista, vive sólo por la energía y los grandes esfuerzos que para sostenerlo despliega Lerroux; y la tercera, la fusión, carece en absoluto de órgano en la prensa.

Cada una de esas fracciones, si aquí hubiera fe y entusiasmo y verdaderos deseos de ir á alguna parte, podría sostener con desahogo un periódico diario. No sostienen ni uno semanal, luego, sáquese la consecuencia... que es feroz.

El partido más insignificante de la monarquía tiene un diario en Madrid, cuando no dos. ¿Qué le cuentan con más dero porque han gobernado, y muchos de sus individuos han robado? Corriente. Pero, caballeros ¿es que se necesita ser un Rostchild para pagar una peseta al mes por la suscripción de un diario, ó cincuenta céntimos por la de un periódico semanal?

Concretándome ahora á hablar de El Motin, es curioso y hasta cómico lo que con él ocurre.

A lo mejor, al escribirme un corresponsal para que le rebaje algún ejemplar ó que lo dé de baja, me dice:

«Si El Motin tuviese caricaturas como antes, se venderían muchos números aquí...»

Otras veces es un suscriptor el que sale por peticiones:

«Como no trae ahora caricaturas el periódico...»

Pregunto al administrador en ambos casos, si esos señores llevaban El Motin cuando se publicaba con caricaturas, y casi siempre me responde que no.

Se necesita toda la calma que se adquiere en este oficio de cabritos, para no contestarles á esos tales:

«Pero, majaderos, ¿por qué dejó de publicar caricaturas el periódico? Porque no lo comprábais. ¿Qué interés habría tenido yo en suprimirlas, si se hubiesen costado siquiera?»

Decid la verdad. No es por eso por lo que dejasteis y dejais de comprar El Motin. Lo que menos os importan son las caricaturas; después de todo, ni aun con explicación las entendáis; pero os agarraís á esa disculpa necia para no confesar la verdadera causa de no leerlo, y que no es otra que lo arrimados que sois á la Iglesia, lo cual viene á ser lo mismo que ser arrimados á la cola. Esta, esta es la verdadera madre del cordero. Y porque lo sé, cada uno de los que se van me hace querer más á los que se quedan, ó á los que vienen, proporcionándome de paso la satisfacción de exclamar: «una oveja sarnosa menos en el rebaño de los hombres de buena voluntad».

Y el que quiera oír más, que avise.

¿Lo ves, Juan Lanús?

Porque no protestaste ni te quejaste de que los gobiernos de la restauración enviaron 300.000 de tus hijos á las guerras de Ultramar, dicen ahora los monárquicos que esto prueba que la primera materia, es decir, tú, es buena en España.

Ya lo sabes, pues. Para que continúen adulando tus explotadores, preciso es que sigas callando á todo, y dándoles tu sangre, tu alimento y tu dignidad, virtud de morueco que se deja llevar estúpidamente al matadero. Solo de este modo te harán la honra de considerarte como un buen chico digno de... una albarda.

¿Te parece poco? Pues de dos; que no hemos de reír por el más ó el menos.

Maestros, maestros

Es de lo que más necesitado está el pueblo. Hoy carece de ellos, porque los que hay son pocos y además incapaces para llenar su cometido.

Se ha hecho general la costumbre, siempre que se trata del estado en que se halla la instrucción primaria, de presentar al maestro como un mártir, como una víctima del obscurantismo y desatendido por los poderes públicos.

No diré que no haya alguna excepción en esto como en todo, y que para algún maestro que

quiera y sepa cumplir á conciencia su deber, no sean un estorbo las imposiciones de los curas, las arbitrariedades de los alcaldes y el abandono del gobierno; pero es preciso también, dejándose de convencionalismos hipócritas, reconocer que la generalidad de los maestros de instrucción primaria que regentan las escuelas públicas, y con especialidad las de los pueblos, ni están á la altura de la misión que deben desempeñar, ni tienen los conocimientos necesarios para que de sus enseñanzas en general puedan sacar las clases populares la educación que necesitan.

La misión del maestro de primera enseñanza es mucho más delicada y difícil que la del profesor ó catedrático de estudios superiores. Los catedráticos se los tienen que haber ya con muchos créditos, cuya inteligencia está dispuesta á recibir con más facilidad las lecciones porque ya están habituados al estudio; mientras que el maestro de primeras letras ha de habérselas con criaturas desprovistas de todo conocimiento, incapaces aún de raciocinio. Este maestro tiene que imprimir las primeras vibraciones de vida en esas inteligencias nacientes, ha de hacer llegar á ellas los primeros rayos de luz y ha de cuidar de que su desarrollo lento y trabajoso sea todo lo perfecto que se necesita para disponerlas á recibir la semilla de una instrucción sólida que luego fructifique abundante y benéfica.

Para esta labor que, enunciada así ligeramente, no parece nada, pero que resulta mucho si sobre ella se medita con detenimiento, no hay en España maestros. La inmensa mayoría de los que tal función desempeñan en las escuelas públicas, apenas reúnen esa suma de conocimientos generales que están al alcance de cualquiera que sepa leer. Su misión educativa se reduce á meter, á fuerza de moquetes y palmetazos, en la cabeza de los chicos las letras del alfabeto y algunas superficiales nociones de gramática, aritmética, geografía é historia de España, además,—y esto ante todo—le la religión y moral de esos textos que deberían retirarse de la enseñanza por ilógicos y absurdos.

Con esto y en la forma que lo hacen, resulta que desempeñan los maestros, nada más que muy imperfectamente, la parte mecánica de su misión; pero la parte intelectual, lo que es la esencia, la base de la educación, está abandonada.

Pero esto no es culpa de ellos; lo es del Estado que les confía una misión que no está al alcance de sus conocimientos.

Se cree que el deber de los maestros de instrucción primaria se reduce á preparar á los niños para que después vayan á otros centros superiores á completar su educación. No se tiene en cuenta que los hijos de los pobres, de los obreros, de los artesanos, que por falta de medios no pueden recibir una instrucción extensa, porque desde muy jóvenes se ven obligados á trabajar en un arte ú oficio que sea la base de su porvenir y les proporcione los medios necesarios para la existencia, necesitan que la instrucción primaria, que es la única que reciben en las escuelas públicas, sea todo lo sólida, extensa, lógica y razonable que debe dárselos, á fin de que luego, sin más estudios, pues no han de ser sabios, doctores ni literatos, puedan unir sus fuerzas físicas á sus conocimientos intelectuales útiles y necesarios, para proveer á las necesidades de la vida en primer término, y para ilustrarse más después con otros conocimientos de adorno si en ello tienen gusto. Es decir, que la instrucción primaria que se dé á las clases populares, sea, sin necesidad de estudios posteriores, la suficiente para que los que la reciban sepan lo que debe saber un hombre que, no por estar destinado á ser un obrero, un trabajador ó un operario, ha de estar desprovisto de esa educación é ilustración que tanto admiramos en los pueblos cultos.

Mientras la misión de los maestros, por lo que respecta á las clases populares, no sea esta, podrá decirse que no los hay.

Para nosotros el maestro es el más alto, el más útil funcionario público. Pero es preciso que sepa cumplir su misión, y entonces, sin huera declamaciones, sin pedir nada, y á despecho y pesar del clericalismo, ellos solos, por virtud de su importancia social, por lo útil y beneficioso de su obra redentora, tendrán esa independencia, ese respeto y esa consideración á que son acreedores, y de que hoy carecen, más que por nada, por su ineficacia.

José CINTORA

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

(Vigésima cuarta edición)

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR MALVERT

CON 85 GRABADOS EN EL TEXTO

Cada una de estas obras, dos pesetas. Para los suscriptores de El Motin, una.

Los mayores incrédulos

Desde las columnas de la prensa nea, desde los pulpitos, desde todos los puntos á propósito para la propaganda, el clericalismo afirma y repite que la pérdida de nuestro poderío colonial no se debe á los calabazas que nos han desgobernado, ni á los pillastres que á las Colonias fueron á robar como unos caballeros, ni á los frailes que en Filipinas deshonraron la religión de Cristo y el nombre español, ni á los que se comieron los millones dedicados á la organización de la escuadra, ni á los generales ineptos, ni á los que mataron á Juan Soldado de hambre; nada de eso; la pérdida de nuestras Colonias, se debe... á la falta de fe.

Si, señores; y como yo soy curioso por naturaleza, busco, escudriño, miro y encuentro que los señores neos, frailes, curas, obispos y demás santos varones que nos ilustran con su ciencia y virtudes, tienen razón; ¡vaya si la tienen! Aquí se gastan muchos millones en culto y cera, pero no hay fe, señores, no hay fe tamaña como una lenteja, ni aun entre los doctores de

la Iglesia. Y si se quieren ejemplos vivos, allá van unos cuantos.

Los apóstoles eran pobres pecadores, los primeros padres de la Iglesia, trabajaban; los que se titulaban ministros de Cristo, habitaban palacios, comerciaban con las conciencias, atesoraban, hacían precisamente todo lo contrario de cuanto se consigna en el Evangelio, y, por lo tanto, deduzco que no hay fe; y que si la falta de fe es la causa de la ruina de la patria, los maestros de la incredulidad son los obispos, curas, frailes, sacerdotes y demás gente por el estilo.

IGNACIO RODRÍGUEZ ABARRATEGUI

No necesitamos pruebas para estar convencidos de que la administración de España es perfectamente deplorable; mas no huelga consignar esto:

Hoy, que ya no son españolas Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, nos cuesta a los españoles mucho menos el franqueo postal para esas islas.

Por esta parte hemos ido ganando. Y por muchas otras también. Diganlo las madres cuyos hijos hubieran muerto allí del vómito este año, y el que viene, y los sucesivos.

Claro que entre esas madres no figuran las esposas de los empleados que iban a robar allí, para después redimir aquí del servicio militar a sus hijos con el sudor de sus uñas.

CUENTOS DE LOCOS

LADRÓN DE SU HONRA

—¿Quién es ese que acaba de salir?, preguntó al director.

—¿Cuál?

—El que le ha preguntado a usted la hora.

—Es una víctima de un necio. Hay hombres que se casan con ciertas mujeres, porque son hermosas, para gozarse o para explotarse; y ese infeliz había sido amante de una moza que luego se casó con un célebre médico. Halló nuevamente a su amada en los baños de Mondariz, y de acuerdo con ella, se propuso burlar al marido. Entró en la habitación que se componía de una antecámara, una alcoba y un ropero, y al abrir notó que el marido entraba detrás de él. Entonces, para salvar a su querida se acercó a un baul como si lo fuese a descerrajar; el baul tenía la llave puesta, y lo abrió y estaba revolviéndolo cuando el marido le dio al amante tan fuerte garrotazo, que este infeliz, aunque escapó con vida, quedó demente.

—¿Qué horror!

—Todo el mundo comprendió lo ocurrido, y sobreyó la Audiencia por falta de...

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

—Muy buenos días.

—¿Ya está usted aquí otra vez?

—Perdone usted, pero quería saber la hora.

—Pero si hoy me la ha preguntado usted catorce veces, y la última hace un minuto.

—¿No entiende usted el reloj?

—Sí, sí señor; lo que hay es que busco un pretexto para que usted se convenga de que no se lo he robado.

SILVERIO LANZA.

Dos ideas de primera

Hablando *Carrasquilla* en *El Barquero* de los Benjumeas polaviejistas, que querían poner a los socios de la Cámara Agrícola la marca de católicos, dice:

«Más le valiera a alguno de esos señores que quieren catoliquizar hasta las chocolateras de su casa, explicar el origen de sus grandiosas fortunas—que nada tienen de católicas—y no meterse en libros de caballería tratando de amoldar las conciencias a su estúpido criterio.»

No es mala idea; pero allá va otra, excelente como mía, para aquilatar el catolicismo de esos y todos los ortodoxos: ponerlos en la alternativa de perder cuanto poseen, si no abjurán de sus creencias.

Y si hay uno siquiera que no reniegue del catolicismo por quedarse con sus bienes, que ahorquen de mi parte al jefe de los jesuitas en España.

Injusticias

Los obreros de la fábrica del señor Coma, en Munserrat, se han declarado en huelga, publicando una hoja en que explican las causas, para que los obreros juzguen su conducta. Los antecedentes son estos:

En el mes de Diciembre de 1897, el fabricante señor Coma, en presencia de todos los hiladores de su casa, citados por él a este propósito, manifestó que, atendiendo a la crisis porque venía atravesando la industria fabril, los fabricantes se veían en la precisión de disminuir el trabajo, puesto que los géneros no tenían demanda.

Y alardeando de sentimientos humanitarios los propuso dividir la entonces única sección de hilados en dos; de éstas, una trabajaría de día y la otra de noche; pero que no conviniendo a sus intereses dividir el personal, como hacía con el trabajo, era necesario, si los obreros querían trabajar, que se sometiera cada hilador a dirigir dos máquinas, con lo cual no se vería en la necesidad de despidar a ninguno de sus obreros.

Los obreros comprendieron lo improbo del trabajo a que se les quería someter, máxime cuando no se dotaba del personal necesario a las dos máquinas; pero había algo más despectivo, y era que su trabajo tenía que sufrir un treinta ó treinta y

ciento por ciento de descuento sobre el precio que hasta la fecha había regido.

Intentaron conciliar equitativamente los intereses del patrono y los suyos, mas no hubo fórmula posible y tuvieron que sucumbir a tanta y tan inhumana exigencia. El señor Coma les hizo formal promesa de que la anomalía sería pasajera, pues tan pronto se abrieran nuevos mercados volverían a trabajar en las mismas condiciones que hasta entonces. Comenzaron los obreros, mal que les pesara, su terrible trabajo, y resistieron por espacio de unos seis meses, pasados los cuales, el señor Coma tuvo a bien para una de las dos secciones en que había dividido la única que antes existía. A contar de este momento su situación se hizo irresistible; trabajaban ambas secciones, pero sólo de día, y por consiguiente, una semana trabajaba una sección y la otra la siguiente. Y aunque parecía imposible tanta resignación, se rindieron también a tan escandalosa exigencia.

Su situación llegó a hacerse horrible. Oigámonlos:

«No es posible determinar los gérmenes de las enfermedades que cada uno de los hiladores hemos contraído. Nadie que algo de nuestro oficio entienda, ignora que las enfermedades más comunes entre nosotros son las hemorragias, palpitaciones y sobre todo las hernias. ¡Júzguese!, pues, si se habrán cebado en nosotros estas y otras enfermedades cuyos nombres ignoramos, cuando nuestros organismos necesitaban desarrollar doble esfuerzo que el ordinario, y cuando no podíamos nutrir nuestros cuerpos más que con la mitad de la ración necesaria, ya que de cada dos semanas teníamos que permanecer en huelga forzosa una.

Recorrier centenares de veces al día una extensión, poco más, poco menos de veinte metros de longitud; evolucionar hasta lo infinito de derecha a izquierda en una anchura de unos cuatro metros por entre los dichos 20 metros longitudinales; tomar mil posturas a cual más violenta, para que mientras los carros suben puedan anudarse los centenares de hilos que en las casi 12 horas de trabajo se rompen... ¿Quién, aunque fuera de hierro, podría resistir semejante labor? ¿Ni qué de particular tiene que de los once hiladores, todos jóvenes, haya ya cuatro herniados (quebrados) desde que el trabajo se hace en tales condiciones? ¿Hay en esto humanidad? ¿No irrita y subleva que de hombres, de semejantes, próximos de los mismos años, se quiera hacer un apéndice partido en dos de las máquinas que ellos gobiernan, para poder los fabricantes al fin del año meterse algunos millares de pesetas más en sus repletas arcas? ¡Miserables!»

Cuando se abusa de manera tan inicua del obrero, y se falta a sagradas promesas para buscar una ganancia ilegítima, todas las simpatías están al lado de los que pi en a la huelga anparo contra la injusticia. Por esto los obreros de la casa Coma han encontrado apoyo en varias sociedades, en la prensa y en algunas autoridades.

Lo único lamentable es que no haya un artículo en el Código que condene a presidio al que, por medio de malas artes, obliga a honrados padres de familia a quitar ellos mismos de la boca de sus hijos el ya mermado pedazo de pan que les llevaban; el que saliera a rubárselo a un camino exponiendo su vida, sería ante la justicia suprema un inocente, comparado con el que lo hace al amparo del derecho que cada cual tiene a disponer de lo suyo, háyalo adquirido del modo que sea...

Y corto aquí para preguntarme: ¿Acabaré yo en anarquista?...

La cruz está en todas partes y sobre todo; pero donde más galardada se ostenta es allá, en lo alto, en la torre del templo consagrado a la divinidad, cual cable tendido en los mares del infinito para poner el alma en comunicación con el cielo.

Por esto da lástima que la orgullosa ciencia haya colocado el pararrayos más alto que la cruz. La ha resguardado de la cólera de Dios cuando se manifiesta eléctricamente, pero le ha quitado gloria y grandeza, convirtiéndola de protectora en protegida; la ha despoetizado, en fin.

Una ilusión menos.

Este es el camino

Varios ilustrados jóvenes de Salamanca han implantado una agrupación republicana, titulada *Germinál*, deseados de formar una positiva unión de todos los elementos que, conculgando en los principios democráticos, quieran divorciarse de antiguos moldes rutinarios que sólo han conseguido hasta aquí fraccionar a la gran familia republicana; todo con el fin de ayudar en la medida de sus fuerzas a la implantación y consolidamiento de la República. El reglamento que la unión se ha dado, es hermoso por su claridad y sentido práctico; y en la Circular que ha pasado a sus correligionarios, hay párrafos tan levantados como éstos:

«No nos detengamos a llorar como débiles mujeres ante las ruinas de la que hasta aquí fué la patria de unos cuantos cínicos aventureros; bien muerta está, porque quien vivió la vida de la sierrazón, debió morir a manos de la injusticia.

Nuestra misión como hombres es más levantada; reconstituamos la verdadera patria, la patria para todos, y conquistemos el porvenir al que tenemos derecho, porque es nuestro. Vale más morir en este digno empeño que arrastrar la vida del vilipendio.

Si hasta ahora la indiferencia de la juventud por la cosa pública ha sido una cobardía, hoy frente a la reacción triunfante, que como hiena hambrienta viene a alimentarse con los despojos de la patria, tal indiferencia sería un crimen y el más negro baldón de nuestra historia contemporánea.

Atajemos el paso a la reacción.

¡Adelante *Germinál*!»

Esto despertar a la juventud consuela. ¡Adelante, sí! Y si EL MOTIN puede ayudar algo en esta obra, cuenten con él los jóvenes de Salamanca que forman la agrupación *Germinál*, como cuentan todos los de todas las que se establezcan de la misma índole en España. Que debería ser una por población.

Defendiendo las facultades del gobierno para intervenir en la enseñanza, dicen los neos, que los catedráticos son funcionarios

del Estado, porque cobran del presupuesto.

Pues en el mismo están los obispos, con la agravante de que cobran más y sirven para menos.

También argumentan que los profesores liberales se pagan con el dinero de los católicos, como si con el dinero de los impios no se pagase al clero.

Cada vez que abono el trimestre de contribución, pienso en que una parte de la cantidad que entrego irá a proveer la mesa del cura, y me pongo de un humor endiabado.

¡POR FIN!

Se ha encontrado el medio seguro para regenerar y salvar a España. Los jesuitas lo han descubierto y hecho público en una hojita encabezada con una cruz y que han repartido bárbaramente. El medio es este:

1.º Hacer una dolorosa confesión y una fervorosa comunión cada mes.

2.º Diariamente, si es posible, asistir al Santo Sacrificio de la Misa y visitar al Santísimo Sacramento.

3.º Recitar el Santo Rosario todos los días en familia, terminando con una *Salve* a la Inmaculada y un *Padre nuestro* al apostol Santiago, patronos de España.

4.º Abstenerse de diversiones públicas y ayunar un día a la semana, ó por lo menos practicar alguna mortificación en la comida.

5.º Asistir a los templos y tomar parte en los actos de regativa que en ellos se practican, ó privadamente recitar todos los días las siguientes. (Aqui unas preces.)

No dudo cómo dudar yo de estas cosas? que con tan piadosas prácticas se salvaría España.

Sólo he de permitirme hacer, con toda la unión posible, esta modesta advertencia:

Al comenzar la guerra con los yanquis se repartieron también millones de hojitas recomendando esos mismos procedimientos para acabar muy pronto, é infaliblemente, con nuestros enemigos.

Y, ó no son ciertas las noticias que hasta mi han llegado, ó creo que, a pesar de lo que se aseguró en aquellas hojitas, los yanquis, aunque protestantes, pudieron más que nosotros, y se nos llevaron unas islas de poco más ó menos, llamadas Cuba, Puerto Rico, Filipinas...

Lo recuerdo únicamente para que no nos entusiasmemos mucho con esos remedios, por si diera la pícara casualidad de que no sirviesen para regenerarnos, como tampoco nos sirvieron para vencer.

Nuevo casino

En Madrid se va a fundar —y la noticia es ya vieja— por el señor Polavieja un Casino Militar.

Se pondrá en el Reglamento como condición primera, que el socio que serlo quiera, confesará en el momento de hacer su entrada triunfal, oyendo luego una misa, ostentando en la divisa un facistol y un misal.

Habrán miles de indulgencias para de noche y de día; ganchos en la portería para colgar las conciencias.

Y se ganará un ascenso con la mayor prontitud...

¿Méritos?... La beatitud y el quemar bastante incienso.

Y tendrán obligación de rezar según el grado, de rodillas, en estrado, según esta condición:

Alférez... *Ave-María*.

Teniente... *Yo pecador*.

Capitán... *Ruego, Señor...*

Coronel... *La Letanía*.

El fusil no es necesario, ni el revolver ni la espada...

El arma que está aprobada es un gran escapulario.

CARRASQUILLA

Buen ejemplar

¡Blastemo! ¡infame!, es lo mejor que los clericales me llaman porque trato, aun cuando ¡y! con éxito mediano, de moralizar al clero.

Esto me va produciendo tal miedo, que hay días en que casi no me atrevo a decir ni una palabra por mi cuenta, y hoy es uno de esos días. Por esto dejo la palabra a un periódico ortodoxo, *El Heraldo de Burgos*.

Habla de la sinceridad electoral de Silvela, y entre los numerosos atropellos que cita refiere éste, que da perfectísima idea de cómo las gastan los ministros de Dios en aquella pobre provincia, víctima, más que otras aún, de la superstición y el fanatismo:

«Coacciones en el púlpito por el cura de Peral de Arlanza, don Martín Sáez Bernal. El mismo que el día de Jueves Santo último apaleó a varios fieles dentro del templo de dicho pueblo persiguiéndolos fuera de él con una estaca en la mano y revestido con los ornamentos sacerdotales.»

¡Bien por los presbíteros críos y macarenos! Los conocía más ó menos divorciados del voto de castidad, más ó menos Flaminios, más ó menos largos de lengua, más ó menos aficionados al vil metal, según

llamamos al oro los que no logramos echarle la vista encima; pero, la verdad, no había tropezado hasta ahora con un ejemplar tan superior...

¡Porque miren ustedes que estaría retrechamente sandunguero con las enaguas sacras levantadas, estaca en mano y sacudiendo lapos a diestro y siniestro sobre aquel atajo de burros que había ido a orle, en lugar de distraerse de otro modo en otra parte, con menos exposición de su costillar!

Si alguno de mis lectores sabe que ese cura barbian viene por Madrid, encárguele que me haga una visita, pues quiero que nos retratemos juntos. Y con su ama, si la trae. ¡Pues poquito que me gustan a mí los valientes!

Los médicos de la Beneficencia visitan gratis a los pobres, porque el municipio les paga.

Los catedráticos enseñan gratis en las Universidades é Institutos, porque reciben un sueldo del gobierno.

¡Por qué los curas, que también cobran del Estado, han de llevar dinero por bautizos, casamientos, entierros, y demás faenas místicas?

Que me conteste el teólogo más bruto, (mientras más brutos, mejores resultan los teólogos) que exista sobre la redondez de la tierra.

Júbilo y pesar

Con júbilo he visto que el candidato socialista por Madrid, Eusebio Blasco, ha sido derrotado; con pesar, y muy grande, que Castelar ha triunfado en Murcia. Los dos, es decir, Eusebio Blasco y Castelar, tienen historia que repugna al liberal de veras, y en tal sentido, me congratulo de la derrota del primero, deplorando con todo mi corazón el triunfo del segundo.

El triunfo de Castelar nos señala una vez más, entiendo, como indignos de figurar en el concierto de las naciones civilizadas. En efecto, ¿qué tendrá de liberal y menos de español el hombre que, en días de terribilísimas pruebas, consecuencia lógica de las infamias perpetradas por nuestros ineptos gobernantes, vota por aquél que, desde que licenciara a sus partidarios, no ha hecho otra cosa que prodigar alabanzas, plácemes y bendiciones a los *gobiernos* de la restauración, dispensándoles toda su protección?

Además ¿quién ignora que Castelar ha ostentado en Cortes la representación de Huesca durante muchos años, y que nada ha hecho, pero absolutamente nada, en pro de aquel sufrido y abandonado país, no obstante su inmenso y reconocido poder con los *gobiernos* de sus compinches Cánovas y Sagasta?

Idéntica suerte, pues, les espera a los murcianos con tan flamante diputado; pero allá ellos, ya que así lo han querido. A los oscenses que, rompiendo antiguos moldes, han sabido desear la candidatura de ese hombre por todos títulos nefasto a la causa de la República, les envío desde este popular periódico el testimonio de mi admiración, testimonio que me hubiera sido muy grato poderlo hacer extensivo a mis paisanos de Zaragoza, si éstos, con mejor acuerdo, llegaran a negar sus votos al antiespañol Moret.

Ahora bien; concretando más mis acusaciones contra Eusebio Blasco y Castelar, diré: que éstas dimanen de la volubilidad manifiesta de uno y otro, y también de la pena que me causa ver cómo estos dos señores, con su concurso a los partidos monárquicos, han contribuido a herir de muerte las libertades conquistadas a costa de tanta sangre, esas libertades maltrechas y escarnecidas por todos los que con y de la monarquía viven, y en cuyo núcleo figura muy principalmente el clericalismo.

El clericalismo, si, ayudado por los partidos restauradores, y éstos a su vez por Castelar y Eusebio Blasco, es el primer causante de nuestra ruina y de nuestra deshonra, debiéndose a él también ese fanatismo repugnante que embrutece y degrada a los pueblos, ese fanatismo maldito que ha llevado a la pobre España a la corrupción, a la miseria y al deshonor en que moral y materialmente vive.

Trabajar como lo hace EL MOTIN y el valiente semanario que dirige el eximio señor Lerroux contra esa reacción infame, y contra los que directa ó indirectamente la sostienen, es obligación ineludible de todo buen republicano; y en tal sentido, someto este trabajo, pobre por ser mío, al claro talento del señor Director, para que lo publique si de ello es merecedor. Pero si por circunstancias que yo respeto, ó si por sus muchas faltas no mereciera los honores de publicarse, al menos el señor Nakens me permitirá que le tribute un aplauso tan cariñoso como entusiasta, por los ideales que con tanto tesón sustenta.

PASCUAL GIL

Barcelona 22 Abril de 1899.

He leído en un periódico neo que se le arrebataron (?) al clero con la desamortización 9.884 millones de reales.

Asusta pensar en los horrores que habría perpetrado para reunir esa cantidad enorme.

Si hoy con libertad, prensa y demás auxiliares del progreso, se atreve el clero a tanto, ¿qué no haría en aquellas épocas de ignorancia, embrutecimiento y fe?

Solamente con fijar la fabulosa cifra que se le hizo devolver, queda hecho el proceso de clero y condenado para siem-

pre en la conciencia de las gentes honradas.

UN ESCARMIENTO

No tendrán mucho de republicanos los que por tales pasan en Zamora, si no forman un Tribunal de Honor, ahora que este procedimiento está en moda, para arrojar del partido a don Ramón Prieto Lobato, presidente del comité republicano revolucionario, por haber apoyado descaradamente al candidato silvelista en las últimas elecciones, obligando a los obreros de la fábrica de tejidos que tiene, a votarle con candidatura marcada y amenazándole con la expulsión si no lo hacían.

Que los reaccionarios, como ha ocurrido en Zamora, atropellen por todo para sacar triunfantes a sus candidatos, descontado está siempre, pues sólo así pueden salirse con la suya; pero que los republicanos le ayuden, como ha hecho ese señor Prieto, merece, mientras pena mayor no pueda aplicárseles, la expulsión del partido que deshonran.

Animo, pues, republicanos de Zamora, y a formar el primer Tribunal de Honor para expulsar a uno que, no sólo ha capitulado, sino que ha ayudado al enemigo.

¿No estamos ansiosos de justicia y regeneración? Pues comencemos por dar el ejemplo, separando de nosotros lo maldado y lo podrido.

Lo demás es no salir de convencionalismos y farsas. Aparte que así escarmientarían en cabeza de ese los muchos republicanos que ayudan a los monárquicos en estos enjuagues. Y en otros de menos honra, aunque de más provecho.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA

MIRABEAU

I

Para hacer una revolución son indispensables dos cosas: un gran pueblo y un hombre de génio. En 1789 se llamaba este pueblo Francia, y el hombre de génio Mirabeau. Nació en Bignon en 1749, y su padre, el marqués de Mirabeau, se titulaba a sí mismo: *El amigo de los hombres*; pero seguramente no era el amigo de sus hijos, porque colocaba a los varones en la Bastilla y a las hembras en los conventos. En cambio de su mal carácter, era hombre de talento original y de verdadero saber. Tenía como escritor algunas de las cualidades de estilo que se hallan en Saint-Simon, y sus libros revelan una imaginación poderosa para tratar las cuestiones políticas y de economía social.

Fué educado Mirabeau en una buena escuela, aprendiendo al lado de su padre a ocuparse en los asuntos del Estado. Desde temprana edad tuvo el presentimiento de los gloriosos destinos que le esperaban. Cuando tenía diez años solamente, le oyeron una noche declamar en su cuarto una de las arengas de Demóstenes. —¿Por qué declamas así?—le preguntó uno de la casa. —¿Quién sabe, contestó el niño, si habrá algún día en Francia Estados generales?—Mirabeau continuó esta preparación tan prematura para la vida política durante toda su juventud, en la que se mezclaron los más áridos estudios con los más graves desórdenes. Durante las ociosas horas de guardación, pues fué soldado algunos años, leyó muchísimo, anotando todos los volúmenes que pasaban por sus manos y reuniendo materiales para las obras que pensaba escribir.

Preso por orden de su padre, y obligado después a refugiarse en el destierro, trabajó Mirabeau sin descanso. El primer escrito suyo que llamó la atención, fué el *Ensayo sobre el despotismo*.

Como orador, destruyó Mirabeau la monarquía absoluta; como escritor la había conmovido con terribles ataques.

II

Hasta la Revolución de 1789 no pudo ser Mirabeau más que publicista, haciéndose célebre por la vehemencia de su estilo y por su valor para defender las ideas liberales. Por este motivo, cuando se planteó la cuestión de los Estados generales, pensaron en él los electores de muchas provincias. Mirabeau, cuya familia era provenzal, presentó su candidatura en los baillados de Aix y de Marsella. Como noble, procuró naturalmente ser el elegido por la nobleza; pero los hidalgos de la Provenza acogieron con desprecio a aquel gentil hombre, que tenía más génio que feudos. Mirabeau los aplastó con su elocuencia, y volviéndose hacia el tercer estado, ambicionó el honor de representarlo. Y fué atacado por esto con una especie de frenesí, lo insultaron, le calumniaron y le acusaron de todos los vicios y de todos los crímenes. Se llegó a decir de él que estaba rabioso, a lo que replicó: «Si lo estoy, esto es un título más para ser elegido: los privilegios morirán por mis mortíferas arengas.»

A pesar de estos ataques, ó quizá a causa de ellos, fué elegido Mirabeau a la vez en Aix y en Marsella. Optó por Aix, alagando, con una modestia poco común, que no tenía los conocimientos comerciales necesarios a un representante de Marsella.

Los discursos que Mirabeau había pronunciado durante el período electoral merecen quedar en el número de las obras maestras oratorias de nuestro tiempo. Uno de estos discursos termina con una frase que se ha hecho célebre: «Los privilegios pasarán, pero el pueblo es eterno!» Cuando se abrieron los Estados generales era Mirabeau, entre todos los diputados, el que más atraía la curiosidad de la muchedumbre. Cuando se le oyó, sustituyó la admiración a la curiosidad. Según la elocuentísima expresión de Edgar Quinet, «Mirabeau apareció inmortal desde el momento en que se levantó.»

No tenía rival en la tribuna, y para hallar a quien compararle, era preciso evocar la imagen de Cicerón y de Demóstenes, cuyos discursos declamaba en su infancia. Tenía la majestad oratoria, la prontitud fulminante de la réplica y el don de comprender, con una simple mirada, las cuestiones más vastas y más difíciles. Su apóstrofo al marqués de Brezé-Brezé, excede en magnífico atrevimiento a cuanto nos ha hecho conocer la antigüedad: «¿I a decir a nuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos más que por la fuerza de las bayonetas.»

¿Cuántos otros pensamientos soberbios, de irre-

nia ó de indignación se podrían citar! Quién no recuerda su réplica á Barnave, en la que hay esta frase cruel, de tan espléndido orgullo: «Las heridas de abajo á arriba que mis adversarios intentan causarme no me detendrán en mi carrera!» Guizot no hizo más que traducir hábilmente más tarde este memorable pensamiento, cuando exclamó ante la Cámara: «Jamás se elevarán vuestras injurias hasta la altura de mi desdén!»

III

¿Cuáles fueron las ideas políticas de Mirabeau? Es necesario conocerle bien para no calumniarle. En efecto, Mirabeau parece casi un traidor á la democracia, si se le atribuyen ideas republicanas, que jamás tuvo. Aquel hábil y elocuente orador que la Francia no estaba aún madura para la República, y se dedicó á sostener los principios de la monarquía constitucional, tales como existen en Inglaterra. Estaba penetrado de que la monarquía de Luis XVI podía asegurar la ventura de su país, á condición de ser intervenida por una Cámara de diputados independientes.

En los albores de 1789 se hallaban frente á frente tres partidos: el partido republicano, que tenía por adeptos un escaso número de escritores, entre ellos Brissot, Camille Desmoulins, Condorcet y quizás Robespierre.

El partido orleanista, que soñaba con reemplazar á Luis XVI con el príncipe de la sangre, tan célebre bajo el nombre de Felipe Igualdad. Mirabeau, al que se acusaba de todo, fué acusado también de pertenecer á este segundo partido, y tuvo que defenderse de este cargo con su habitual altivez: «Se pretende, dijo, que quiero hacer mi rey del duque de Orleans. ¡No lo admitiré ni para lazo ni para el mío!»

El tercer partido era el constitucional, con Luis XVI por monarca. Mirabeau apoyó este partido, presentando sus condiciones: «Exigía la libertad de la prensa, la libertad de asociación, el derecho de petición, que consideraba como derecho natural, y la confiscación en beneficio del Estado de los bienes de manos muertas. Quería también la responsabilidad ministerial, el derecho para el país de discutir y votar los impuestos, y el de cambiar los ministros cuando esta fuera la voluntad del pueblo, parlamentariamente expresada.

Estas tesis constituyen, poco más ó menos, lo que después se ha llamado el liberalismo político. Mirabeau puso al servicio de este liberalismo toda su elocuencia y toda su poderosa inteligencia, extenuándose, á pesar de su vigor, en esta obra. Su prematura muerte, acaecida á los cuarenta y dos años de edad, se debió á las fatigas excesivas de las luchas políticas. París, que había aprendido á amarle, le hizo inimitables funerales, más notables aún por las demostraciones de simpatía popular y nacional, que por el brillo del aparato oficial. Una conmovedora frase de una mujer del pueblo indica bien el carácter de estos funerales gloriosos. Se verificaron un día de sol abrasador, y como alguno hiciera notar que el Municipio debió hacer regar las calles para evitar el polvo, la pobre obrera respondió cándidamente: «La municipalidad ha contado con nuestras lágrimas.»

El cuerpo del irresistible orador fué llevado al Panteón, en cuyo frontispicio se inscribieron estas palabras: «A los grandes hombres, la patria reconciencia.»

ANATOLIO DE LA FORGE

El horno se calienta

En el pueblo que se batió bravamente contra el reaccionario general Orlonge en 1868, en Santander, hay un gobernador civil que lleva de la mano á los cómicos para que pongan las obras dramáticas á los pies del obispo, y que además se dedica á la caza de repartidores de Biblias y los expulsa, como acaba de hacer con un individuo de nacionalidad inglesa, después de secuestrarle los libros.

Es posible, si el vendedor expulsado y despojado reclama contra el católico acto por conducto de su embajador, que el gobierno dé á Inglaterra explicaciones humillantes.

Protesto para entonces, en nombre de esta nación católica, apostólica, romana. España, si ha de hacer honor á su gloriosa tradición, no debe dar explicaciones por un hecho tan perfectamente salvaje.

O somos ó no somos hijos de los que, á la vez que hombres por no comer tocino y mujeres por lavarse, quemaban cuantos libros pillaban; todo para honrar y servir á Dios.

Y pido, para que la bofetada sea más grande al gobierno inglés, que desde luego sea ascendido ese ilustrado gobernador á la categoría de héroe de la fe, por el valor sobrehumano que ha demostrado al ponerse tan estúpidamente en ridículo.

Y propongo que en carro triunfal tirado por cuatro frailes de gran alzada y ancho pastorejo, sea paseado por la población, llevando atados al carro, en calidad de vencidos, á don Sentido Común, don Tolerancia y don Civilización.

De este modo aprenderían los ingleses y el mundo entero que España continúa siendo la única nación de Europa en que las autoridades tienen á honra pisotear las leyes por complacer al clericalismo.

¡No dicen que somos intolerantes y brutos! Pues no los desmitamos; antes bien obremos de modo que sepan lo mucho que tan hermosos dictados nos enorgullecen, y lo resueltos que estamos á demostrarles que somos más intolerantes y más brutos de lo que ellos mismos se imaginan.

Y á ver quién nos tose.

La paz de los Asilos

Al entrar en la tarde del 13 el ferrocarril en el puente de la Marca (Játiva) fueron enganchados por las estribas de los coches Ramón Pons, de

73 años, muriendo en el acto, y Antonio Vila, de 74, que salió con un brazo magullado y en estado gravísimo.

¿Quiénes eran? Dos infelices asilados de las Hermanitas de los pobres, que regresaban á la población después de estar todo el día, por mandato de la Superiora, apilando leña en un campo de aquel término municipal.

Al ingresar ambos en el establecimiento benéfico, pensaban pasar tranquilamente el resto de sus días, ya que para eso se han fundado tales asilos y para eso sacan dinero las caritativas Hermanas á todo hecho viviente.

Pero una cosa es la teoría y otra la práctica; el reglamento propone y la Superiora dispone, y esa del asilo de Játiva, temiendo sin duda que los asilados se entregaran en la ociosidad á las calaveradas ó vicios propios de hombres en todo el vigor de su edad, los envió á apilar leña; y á la vuelta les ocurrió el percance.

Lo único que me preocupa ahora es no saber si las buenas Hermanitas han rezado ó no un padre nuestro signiera por el alma del muerto y por la salud del herido; que esto es realmente lo importante aquí. Lo demás, el que se explote la pobreza y se abuse de los que la sufren, es secundario en todos los asilos religiosos. Donde el alma es lo primero ¿qué van á cuidarse del cuerpo?

El vicio, contribuyente

¿Que es inmoral imponer contribución al vicio? Más lo sería imponérsela á la virtud. Además, produciría menos.

Lo que se recauda mensualmente en las casas de prostitución de Madrid, asciende á unos treinta mil reales; y en toda España, á dos millones. ¿Cuándo iba á producir eso la honradez?

Y no trato de negar en absoluto que exista; hay aún hombres honrados con arreglo á manual, para quienes la horca sería poca pena, pero que llevarían á presidio al que se permitiera indicarlo.

De los pobres no hablo; éstos, ó no pueden ser honrados, ó nadie se lo reconociera si lo fuesen; y, en último caso, no podrían pagar el impuesto.

Los bandidos de alto bordo se negarían también á pagar, indignados de que el gobierno se atreviera á gravar con un impuesto su honra, y, indiscutible y anterior á su nacimiento.

Las mujeres honradas que á lo mejor tienen dudas acerca de quién es el verdadero padre de sus hijos, se sublevarían ante la idea de que se pretendiera sujetar á tributo una cualidad que tan pocas poseían, en vez de establecer un premio para adjudicárselo á la mejor de entre ellas, que sería precisamente cada una de las que en esto pensaran.

Y siendo así ¿cómo suprimir la contribución al vicio, única que produce y la que más fácilmente se recauda?

Si Nocedal va al Puerto de Santa María en su viaje de propaganda carlista, y pretende celebrar un mitin, posible es que los liberales le den un disgusto; pues aun cuando el jesuitismo domina allí, no podrá evitar que se arme un poquito de jaleo.

Recomiendo á Nocedal y beatos adyacentes que se provean de árnicas, por si acaso Dios, en sus inscrutables designios, ha resuelto permitir que la utilicen.

Donde digo, digo...

Leo en *La Voz de Guipúzcoa*, de San Sebastián, correspondiente al día 20 del que rige:

«El día 1.º del mes corriente publicamos un artículo titulado *Explotación de minas... celestiales*.

Sabemos que ha sido interpretado de manera que no se ajusta á nuestras convicciones y á nuestro modo de proceder en la defensa de las ideas que venimos sustentando desde hace quince años en estas columnas, y como no nos duelen prendas para decir lo que sentimos ni para hacer protestas de respeto hacia todo lo que por ser sagrado está fuera de la crítica de una publicación dedicada á la defensa de un ideal político, queremos hacer constar que al dar publicidad al citado artículo no fué nuestro ánimo combatir ni contrariar doctrinas de que solamente la Iglesia con su autoridad es maestra y depositaria; que tampoco fué nuestra intención injuriar ni ofender á prelado alguno de los que se citaban, ni al clero y fieles á que se aludía, á todos los cuales reconocemos el buen concepto, opinión y fama que les corresponde, y si, contra lo que no creemos, algunas de las personas mencionadas se considerasen ofendidas, retiraremos cuanto haya podido molestarlas; y, por último, que como fieles cristianos nos sometemos á la autoridad de la Iglesia en todo lo que concierne al dogma, á la disciplina y á la sana moral.

Hacemos esta aclaración sin violencia y por impulso de un sentimiento de rectitud y sinceridad.

Para apreciar bien lo que esa rectificación piadosa, humilde y completa significa, necesitaría leer el artículo que la ha hecho necesaria. Ruego, pues, á los amigos de San Sebastián que me lo remitan. Y como sea tal cual de la rectificación se desprende, yo lo reproduciré, para que corra.

Y mire usted por donde me explico ahora el que *La Voz de Guipúzcoa*, á pesar de titularse *diario republicano*, no cambie con EL MOTIN. ¿Cómo iba á hacerlo siendo sus redactores *fieles cristianos sometidos á la autoridad de la Iglesia en todo lo que concierne al dogma, á la disciplina, y* (suplico á mis lectores que no caigan de espaldas estupefactos) *y... á LA SANA MORAL, es decir, lo propio que el mismísimo Polavieja!* Podría haberse fijado en EL MOTIN alguno de los curas que indudablemente deben frecuentar su redacción, y no digo nada la que se habría armado.

Lo que ya no me explico tan bien, es que se pueda publicar, sin caer en la cuenta que puede ofenderse á la Iglesia y á sus representantes y representados, un artículo cuyo solo título excluye hasta la idea de que pueda ni soñar en ser católico el periódico que tal inserta. *Explotación de minas... celestiales!* ¡Pues si ello solo está diciendo que tiene que ser hermosamente impío, y escrito con el exclusivo objeto de reventar á los señores que explotan esas minas!

Pero, en fin, no quiero hacer juicios temerarios, y aguardo el artículo, ó copia de él, á menos que no quede ya en San Sebastián ni un solo republicano que no sea ortodoxo en materia de religión.

Aun cuando no; debe haber alguno de verdad, puesto que se envían allá números de EL MOTIN.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Señores secretarios de todos los obispos de todas las diócesis de España.

Recomiendo á ustedes con todas las veras de mi alma, que imiten semanalmente la justa y valerosa conducta del de Salamanca, que en plena plaza Mayor dió un golpe terrible á la impiedad, comprando cuantos números de EL MOTIN llevaba un vendedor, y romiéndolos y tirándolos con ese furor hermoso que únicamente puede la fe despertar en el pecho de los elegidos.

Quedan también autorizados por mí para proceder de igual manera, todos los canónigos, párrocos, presbíteros de menor cuantía, sacris y monagos; y para que se vea hasta donde llega en magnanimidad, hago extensiva la autorización á frailes, bratas y beatos.

Ben entendido que será tanto mayor mi alegría cuanto mayor sea el número de ejemplares que rompan; que así será más grande la tirada y la ganancia más grande.

Dadme ese gusto, hijitos, en pago á los disgustos que os doy, que yo os lo pagaré en responsos.

Me dicen que es muy natural lo ocurrido en Busto de Bureba (ya recordarán mis lectores; aquella escena de kábila por llevar un estandarte, de la que resultaron dos muertos, tres heridos y dos presos); y que lo es, porque la instrucción se halla de tal modo, que la mayoría de los vecinos no sabe cuál es la capital de España, ni con quién confina ésta por el Norte.

Y gracias á que el cura se cuida de curar estas deficiencias haciéndolos confesar y comulgar y organizando cofradías como la de San Luis Gonzaga, en que figuran los mayores contribuyentes, (al que se muestra rechazo lo increpa en el púlpito, en la calle, donde quiera que lo encuentra.) que sin esto, ni siquiera sabían darse esas civilizadoras puñaladas y esos piadosos tiros.

¿Qué más? Se ha llegado á amenazar este año á todo el que no se haga socio de San Luis (hay también otras cofradías) con apedrearle sus campos el verano próximo á fin de estropearle la cosecha.

Lo cual me confirma en mi idea de que el hombre necesita indudablemente una religión, para no caer en la barbarie y amar al prójimo como á sí mismo.

El Ampurdanés de Figueras reconoce, no obstante su acreditada impiedad, que las iglesias han estado muy frecuentadas durante la última cuaresma. Pero hace, y aquí asoma ya la punta de la oreja, la heterodoxa indicación de que también durante la cuaresma el teatro y los salones de baile estuvieron tanto ó más e-incurridos que las iglesias, para hacer esta pregunta: «¿Qué no sucedería si las comedias y los bailes fuesen de balde y los sermones pagados?»

Sospecho que la pregunta está hecha con mala intención, y, por lo tanto, me abstengo de contestarla para no perjudicar á la clase cuya moralización tanto me preocupa.

Tenía sed el niño de diez años Gregorio Diestro, y salió á beber agua sin permiso, en el colegio de escolapios.

El delito era gravísimo, casi un crimen; pero el hermano Asensio, cariñoso y tolerante, se contentó con imponerle nada más que el dulce é higiénico castigo de dejarle quince días sin comer, para que se fuese acostumbrando que no puede tomarse al pie de la letra la bienaventuranza aquella de *dar de beber al sediento*. Y la madre del niño, por esto, y por si en otra ocasión le clavó otro bondadoso padre las uñas en la cara, lo ha retirado del colegio.

No me meto en estos asuntos de familia; pero piense la madre que peor podía haberlo pasado su hijo si tropezara con un hermano Flaminio, ó con otro que le diese una paliza que lo dejara tuerto, cojo ó manco, cual varias veces ha ocurrido.

Si esto quisiera decir que no apruebo su resolución, pues confieso que se me pone carne de gallina cada vez que veo un pequeñuelo al lado de un cura; no solamente pensando en los desperfectos que puede sacar en su cuerpo, sino en las deformidades que de seguro sacará en su espíritu.

No me escandalizo de que un pobre sacristán cargase con dos candelabros de bronce en la iglesia de las Salesas, siendo detenido.

Sabría sin duda que en Sevilla desaparecieron hace tiempo alhajas y objetos artísticos sin que sufrieran desperfectos de importancia los autores, y el hombre se dijo: «aquí que no peca.» Y se equivocó, claro.

Con el tiempo, y siguiendo las cosas como van, acaso alcance también á los sacristanes la franquicia para desvalijar iglesias, sin exponerse á grandes riesgos. Pero como todavía no la tienen, aconsejoles que ejecuten la faena con más limpieza, para que no les pillen con las manos en los candelabros.

Pues ya en este caso, no hay santo que libre de un disgustillo á los ladrones clericales pobres.

En Burgos han averiguado curas y beatos que la Divinidad está ofendida porque trabajan los domingos y días de fiestas aquellos españoles que no tienen que comer, atribuyendo á esto cuantas catástrofes y vergüenzas se nos han venido encima. Grande debe ser su incomodidad á juzgar por el número, clase y tamaño de las calamidades que nos han caído encima.

Pero, en fin, si no trabajando ha de aplacarse, merece la pena de hacernos todos frailes, y así no trabajaremos ni en día de fiesta ni en ninguno, ya que parece que en esto consiste la perfección cristiana.

Leo en *El Journal de Charlevé*:

«El procurador de la República, de Pont l'Éve-

que, ha detenido en Touville á Lacroix Jacques-Augusto, de cuarenta y seis años de edad, vicario de Notre Dame des Victoires, encerrándole en la cárcel por atentados al pudor y vicias de hecho.

A pretexto de corregir á las niñas, á quienes daba lección de catecismo, las hacía ir á la escuela de las monjas, las encerraba en la sacristía y se entregaba con ellas á actos inmundos, después de infligirles «una santa corrección.»

No pasa día sin que me encuentre en la prensa con una noticia de éstas, que (entre paréntesis) corroboran la utilidad de mi moralizadora campaña.

De parte de la razón

Me pongo de parte de don Pablo Benjumea.

¿Que quién es este señor? Un ganadero polaviejista y carca de Sevilla, que al discutir el reglamento de la Cámara Agrícola, propuso que se adoptase un artículo consignando que «todo socio perteneciente á la Cámara Agrícola debería ser católico, apostólico romano».

Los agricultores presentes se desataron en murmullos, y uno de ellos combatió la proposición, que fué desechada por unanimidad, saliendo corridos del local el Benjumea y sus acólitos.

Corridos salieron, sí, pero ya se vengarán. Por lo pronto me consta que por conducto de Polavieja se han dirigido ya los Benjumeas esos al jefe de negociado del ministerio de Fomento del Cielo, para que disponga que el granizo destruya un día de estos las cosechas de los labradores que se opusieron á su proposición, la peste destruya sus ganados y los neos se coman sus pastos.

Y dada la influencia que ahora tiene Polavieja en el Cielo, creo que será cuestión de horas el expedir las órdenes.

Me alegraré, para que así escarmenten los que niegan que el catolicismo sea la base de la agricultura y la ganadería, á pesar de estar viendo lo mucho que prosperan en él los animales.

Estendido en papel de uso externo, 250 piadosos estultos de Salamanca han presentado á su obispo un documento pidiéndole que *condene ó prohíba la lectura de periódicos liberales*.

¿Que tal si los dejáramos? Llegarían á pedir que se nos obligara á creer hasta en los milagros.

Son los neos tan insaciables como brutos.

La caridad oficial y la religiosa! Nada más inútil ni más inmoral. Sólo sirven para que vivan en grande los intermediarios entre los que dan el dinero á los pobres.

No se da un paso sin encontrar hoy con una señora pedigüeña, ó con una monja que va en coche á pedir limosna para los desvalidos. Y el resultado, ya lo estamos viendo.

Es verdad que si destinaran el producto de la caridad á socorrer la desgracia, ni podrían ellas vivir como viven, ni levantar edificios que cuestan millones. ¿Cuántos pobres que se mueren de hambre mientras los asilos se construyen, podrían salvarse! ¿Cuánta mujer arrastrada al vicio por comer, redimirse! ¿Y cuánto hombre que arrastra grillete por lanzarse al mal camino harto de pasar miseria, se vería hoy libre y honrado!

Al pensar en esto, avívase el deseo de que venga pronto el reinado de la justicia brutal para acabar con muchas virtudes criminales.

ENSEÑANZA, RELIGIÓN Y CUERNOS

En la Universidad de Edimburgo, el profesor de Química cobra 80.000 francos al año; el de Anatomía, 75.000; el de Medicina, 65.000; los de Historia Natural y Patología, 60.000; y el de Botánica, 55.000. La de Oxford cuenta con 427 profesores, para los cuales hay presupuestados cuatro millones de francos anuales.

En la de Cambridge hay 483 profesores y un presupuesto de 3.300.000 francos. En el Colegio de la Trinidad, en Dublin, 59 profesores: cobran 800.000 francos.

Aquí en Madrid, es raro el profesor que á fuerza de años logra cobrar 30.000 reales; pero en cambio el año pasado cobraron los espadas en España 5.343.007 reales y se invirtieron en la compra de toros 6.288.000 y en la de caballos 482.400, en total, 12.114.900 reales.

Así estamos de pobres, de ignorantes y de degradados.

Y esa enorme cifra de millones resulta una bicocha, si se compara con la cantidad que frailes, monjas y hermanas sacaron durante ese mismo año á la nación.

No abusar, por si acaso

En el dictamen de la mayoría del Congreso, contestación al discurso de la Corona en la última legislatura, se dijo que *Dios no querría* que Cuba fuese borrada del mapa de los pueblos cultos; que *Dios, premiando el esfuerzo heroico* de nuestros soldados, nos otorgaría el deseado beneficio de la paz; que la bendición dada por Su Santidad á nuestro ejército expedicionario, era un *hecho venturoso*; y que el éxito no dejó de favorecer

nunca á los pueblos viriles que *saben confiar en la protección de Dios*.

Mucho *diosar* me pareció, preparándose, como se preparaba una nueva expedición de 40.000 soldados á Cuba; pues si realmente contábamos con la protección y el auxilio divino, creía yo que no debíamos enviar más españoles á la muerte.

Lo ocurrido después, escrito con lágrimas y sangre y vergüenzas está para siempre en la historia patria.

Si piensa este gobierno calcar en el de la anterior el discurso de la actual legislatura, ruego á mis amigos que salgan corriendo en cuanto empiece á leerlo.

«Si enveneno al tendero de comestibles, me condenan á presidio; si él me envenena, le impondrán cuarenta francos de multa.»

Me explico esta frase de Alfonso Karr, desde que veo que la sociedad se preocupa más cada día en proteger á los animales y honrar á los ladrones.

Un día que el célebre fisiólogo inglés Huxley viajaba por mar, un pequeño orangután que le acompañaba se escapó de la caja en que iba encerrado, subió al puente y comenzó á dar chillidos y saltos que hubieran causado envidia al gimnasta más ágil.

Huxley iba sosteniendo con un sacerdote la teoría de que la raza humana descendía del mono.

—He aquí, mi querido señor—le dijo el sacerdote tan pronto como vió al animal—uno de vuestros antepasados, que nos está distrayendo con sus gracias. Lo que no está bien determinado aún, y deseo me lo expliqueis, es si ese orangután es de vuestros antepasados paternos ó maternos.

—Lo único que puedo aseguráros—contestó el doctor—es que descendió de él.

—Entonces también sostendréis que yo descendí de ese inoble bruto?

Huxley le contestó:

—No; á pesar del respeto que me inspiráis, me inclino á creer... lo contrario.

El charlatán debe despreciar á los que lo escuchan y se embohan oyéndole.

Quizás á esto obedezca la poca consideración que guardan al pueblo los políticos que lo explotan.

QUISICOSA

Dice el párroco Morquecho,

—lo cual me produce risa—que al infierno va derecho todo aquel que no oye misa.

Si es cierto, lector amigo,

lo que asegura ese cura,

y crees lo que yo te digo

que dicho cura asegura,

puedes sin miedo afirmar,

aun ante los más sesudos,

que el infierno debe estar

plagado de sordo-mudos.

MIGUEL DE SILES CABRERA

Defendíase Dumas en cierta ocasión del cargo de plagiarlo: «Observad, decía, qué un pirata roba y Alejandro conquista. En el fondo, el ladrón y el héroe hacen lo mismo. Pero la humanidad cuelga al ladrón de una horca y depone coronas de laurel á los pies del héroe. Pues lo mismo sucede en literatura. Todo está descubierta. No hay nuevos Colones porque no hay nuevos mundos. Hemos recorrido la tierra y no hemos encontrado un nuevo continente; se acaban también los países ignotos en la inmensidad del espíritu. Todos vivimos en tierra conocida, todos copiamos. Solamente que así como hay piratas y héroes, hay en las letras plagiatos y conquistados. Yo no he robado: yo he conquistado.»

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON MONTE, por EL MOTIN. Con láminas.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO. Discurso del obispo Strengier.

JUANA LA PAVEA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MONTE SECRETO, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz», de Lleida.

CANTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TAYLLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopilado por EL MOTIN.

LA MENDICIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MISERIAS INMORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras.

MISERIAS MORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

¿CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA? por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Divididas en una junta de doctores, por las cuales fué quemado Valladolid en 1631.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN. CHITÓN, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»).

LA ENCLAVITUD Y LA IGLESIA, por idem.

LOS MEJORES «CONTRADICIONES» por EL MOTIN.

CURAS Y AMAR, por idem.

GRACIAS DE CURAS, por idem.

MADRID.—IMPRESA, LIBERTAD, 29.